

LUENA LÓPEZ, César y SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos, *La fuerza de la Socialdemocracia. José María Maravall, biografía de un político e intelectual reformista*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2023, 298 pp.

«Para mi generación fue un referente
y me gustaría que le escucharan las siguientes».

Javier Solana.

José María Maravall, formar y reformar: educar. «España es una república de trabajadores de todas las clases», decía la Constitución del 31, pero los socialistas obreristas decían con sorna que en realidad se trataba de «una república de intelectuales de todas las clases». En 1979, *El Socialista* del 7 de octubre titulaba: «La llegada de los intelectuales al poder». En efecto, las biografías de la mayoría de los que iban a gobernar en 1982 compartían ese perfil: eran intelectuales, compañeros y amigos desde la universidad, o conocidos ejerciendo como profesores, *penenes*; muchos tenían «padre importante», provenían, en fin, de las clases medias liberales, cultas y tolerantes, que habían tenido que sortear la dictadura, bien instaladas, pero en los márgenes del Régimen. Paradójicamente, quizás el que impidió que el gobierno socialista de 1982 fuera también el de un grupo de «intelectuales de todas las clases» fue el más intelectual de todos ellos: José María Maravall, hijo y sobrino de catedrático —él mismo lo era ya antes de ser ministro—, sociólogo, formado en Francia y en el Reino Unido, trilingüe, dos veces doctor —por la Complutense y por Oxford—, autor de numerosos libros fundamentales de sociología... y represaliado por la dictadura por su activismo antifranquista desde que entró en la universidad en 1959. Y es que el Maravall *intelectual* tuvo siempre claro que había que responder al *quoi faire* sartreano bajando a la arena, aunando teoría y experiencia: así entendió la praxis socialdemócrata, o como él mismo dice, remedando a Azaña, había que estar en la procesión y *no solo* repicando.

Este es el punto de partida de la extraordinaria biografía que han escrito sobre Maravall César Luena y Juan Carlos Sánchez Illán, según ellos, para entender «cómo se forja y expresa su mirada sobre el mundo» y también para comprobar, a la hora de hacer balance de una activa vida *de servicio*, qué ha sido del «resorte que se contrae y luego se dispara», la metáfora orteguiana. Se han valido —para evitar la hagiografía— de una metodología casi prosopográfica, pues son numerosas las voces —entre ellas la del propio biografiado— llamadas a construir el personaje —y la persona— y a desentrañar su decisiva labor como ministro del gobierno socialista y como «formador» del partido. La herencia intelectual —su padre José Antonio Maravall siempre presente—, la sólida formación desde la infancia, los anclajes en las ideas de tolerancia, laicismo y libertad, y la coherencia

del sociólogo empirista, siempre universitario, se imponen en todo momento y marcan el ritmo, a veces vertiginoso, del libro. Así fue también la época del *cam-bio* que le tocó vivir y modelar al que fue considerado «cerebro gris de maneras británicas, que tiene la agresividad de los tímidos y que es la bestia parda de la derecha».

Para José María Maravall, ya ministro, era evidente y demostrable científicamente que «aquí ha habido una sociedad desatendida y un Estado mal construido y extraordinariamente débil». Una de esas debilidades la descubriría —sin querer, obviamente—, un obispo, Fernando Sebastián, en plena refriega contra la reforma educativa. El entonces secretario general de la Conferencia Episcopal afirmó que «España no conoce ni ha experimentado nunca la libertad de enseñanza» (p. 144). Con Maravall, se podría añadir que no había experimentado nunca la libertad de nada. «No cabe la libertad en la ignorancia», repetirá a menudo el sociólogo. España no iba a dejar de ser católica a causa de las leyes maravallianas —la LODE, la LRU, la ley de la Ciencia, la LOGSE (ya con Solana y Rubalcaba)—, por más que el ariete de la privada, la acérrima Carmen Alvear, arremetiera burdamente contra el gobierno, pero algunos sabían tocar la tecla que hace que los españoles vayan siempre detrás de un cura, bien con un cirio, bien con una estaca. Pilar Urbano aseguraba que «un confidente telefónico» le había dicho que, al llegar al despacho de ministro, Maravall ordenó al ujier, señalando el crucifijo de la pared, ¡quite usted esto y lléveselo!». La periodista añadía que el crucifijo era del siglo XVI...

Luen a y Sánchez Illán traen aquí, certeramente, declaraciones del ministro que confirman la profundidad de la reforma educativa, su impacto social, la contundencia de «ir dando pasos y asentando cimientos»: «Las reuniones con los rectores, ya no eran solo una comida protocolaria (...) yo les dije que teníamos un orden del día y hasta que no lo acabásemos no comíamos». El padre Martínez Fuertes le espetó, en su primer encuentro, que «él siempre había tuteado a los ministros y José María le dijo que a él de usted»...

Sociología de lo posible: así tituló uno de sus libros el ministro que no dejó de escribir de lo que sabía. Y que estuvo siempre dispuesto a dejar el ministerio y volver a la universidad, donde *sigue viviendo* hoy con sus cercanos 81 años. A esa labor fuera del ministerio, los autores dedican buena parte del libro y, seguramente, se nota aquí la experiencia, corta pero intensa, de quien fue secretario de organización y conoce muy bien el interior del partido y que, en suma, es historiador y usa métodos de historiador, Cesar Luena, al que debemos obras fundamentales para el conocimiento de socialistas tan relevantes en la historia del partido como Julián Besteiro y Andrés Saborit.

En resumen, Luena y Sánchez Illán ofrecen este resultado abrumador del «mayor salto dado jamás en nuestra historia» en la educación: «Durante los seis años que van de 1982 a 1988, el número de alumnos matriculados en la enseñanza media aumentó en 150 mil, los que superaron con éxito sus estudios en 100

mil, la plantilla de profesores se vio incrementada en 40 mil plazas, se construyeron 15 mil nuevas unidades en centros públicos, mientras se redujeron 6 mil unidades escolares en centros privados, se abrieron 100 centros universitarios nuevos (contando facultades, colegios y escuelas), se contrataron 6.500 nuevos profesores universitarios y el número de alumnos se incrementó en 270 mil. Por último, se destinaron 30 mil millones de pesetas más en 1988 que en 1982 para becas universitarias, lo que produjo que el número de becarios ascendiera en 130.000».

El resultado es realmente asombroso, pero lo es igualmente el clima de protesta social en el que se produjo. Al comienzo del ministerio del cambio protestaba la derecha, la Iglesia; al final, protestaba todo el mundo. «Alguna huelga me habrás hecho tú, seguro, José Luis», le decía Maravall al autor de estas líneas una tarde de 2022 en la Carlos III mientras nos hacíamos un selfie. En efecto, acertaba. El entonces *penene de colegio universitario*, que vio duplicarse su sueldo en tres años, que cuatro años más tarde pasó de adjunto interino a profesor titular y que, en una década, iba a contemplar el impresionante nuevo mapa de universidades en España, casi una por provincia, incluida la de La Rioja, es un ejemplo de la incomprensible insatisfacción del ganador. Seguramente el sociólogo Maravall tiene una explicación, que hará extensiva a todos, a toda la sociedad española *ganadora*, y seguramente el lector de este extraordinario libro la encontrará en la extensa obra del *intelectual* del cambio, el ministro al que los curas llamaron de usted y el único al que, según *Cándido*, Felipe González llamó el primer *felipista*.

José Luis Gómez Urdáñez